

tónico y secreto, incapaz de pública y ruidosa venganza. En el apoyo de su marido á renovar las virtudes republicanas, cual si no fuese toda corrupción natural y propia de los imperios, nada podía herirle como un conocimiento claro de lo que su hija era en el mundo. Teníala por ejemplo de castidad y pureza. Cuando algún rumor á sus oídos iba, lo desechaba, tomando su Julia por una especie de Claudia. Fué tal Claudia una buena y casta mujer en tiempo de la República. Perseguida por infames calumniadores á causa de su horror al vicio, supo confundirlos pública y solemnemente. Como colosal nave portadora de la estatua de Juno al ingreso de Ostia naufragara, y los adivinos anunciasen que solamente la pondría en flote sacándola del abismo una mujer honesta, Claudia se avanza, y con religioso conjuro, pidiendo á la divinidad un mentís de las calumnias que desopinaron su persona, obró el milagro y vino á la superficie del mar la máquina sepultada en lo profundo. Llevaba el emperador su imperial celo por la virtud y pureza de Julia tan allá, que le combatía sus propensiones al excesivo lujo. Ésta, cuando se adornaba con exceso, decía que se adornaba para su esposo, y cuando se adornaba con sobriedad y sencillez decía que se adornaba para su padre. Augusto aprovechaba todas las ocasiones propicias para darle algún advertimiento práctico. Cierta vez que notó en el circo clarísima diferencia entre la recepción dispensada por el pueblo á Livia, que iba en compañía de gentes tan maduras como graves, y la recepción dispensada por el pueblo á Julia, que iba en compañía de gentes tan jóvenes como ligeras, hízole notar la hija que la juventud resulta siempre un mal corregible á cada minuto. Otro día, como Augusto viera la peinadora de su hija despojándola de algunos cabellos blancos, llamóle su atención sobre cuánto deben preferirse las canas á la calvicie. Julia defendía sus lujos y ostentaciones con estas frases felicísimas: «Si mi padre olvida con frecuencia ser César, yo nunca olvidaré que soy la hija de César.» No convencían tales razones al emperador. Empeñado en guardar de la República todas cuantas ventajas la República tuvo, si no mantenía las instituciones libres y parlamentarias, mantenía las viejas y austerísimas costumbres. En el habla usual de los republicanos surgía continuamente, como un tópico indispensable, la rueca y el huso de Lucrecia. Camilo, Cincinato, Cur-

cio vistieron trajes hilados y urdidos por sus mujeres. Augusto se ufanaba de lo mismo, de que sus vestiduras en todo tiempo salieran de los telares caseros, tejidas por femeniles manos. En tal empeño se advertía toda la característica propia de su política. Nunca se habló tanto de libertad, nunca de Senado, nunca de instituciones republicanas como á la fundación del Imperio. Todo lo tristemente nuevo se revestía y enmascaraba con las apariencias de lo antiguo. No acabó la grandiosa Cámara senatorial en su tiempo; renovóse y purificóse á sus leyes. El tribunado y el consulado no desaparecieron, desempeñáronlos estadistas integérrimos como él y como Agripa. La censura, tan gloriosamente fundada en los antiguos tiempos y esclarecida por el celo republicano, cayó en su poder á fin de que recobrara los antiguos esplendores. En la tribuna ociosa no se oyeron los discursos de Marco Julio, pero se promulgaron las leyes Julia y Papia Popena, santificadoras de las costumbres, pretendiendo así el innovador que restauraba y no hería la República. De igual suerte organizó la corte. No busquéis en ella los libertos de más tarde, aquellos favoritos griegos, que después de haber pasado por la ergástula, coparticipaban del trono, y con la cadena en el pie ceñíanse la diadema de Roma en las envilecidas sienes; el tren de Augusto, el ajuar, el esplendor se diferenciaban muy poco de los usuales en las primeras familias romanas. Redomadamente político, sabía, con saber profundo y perfecto, cómo se cambian las instituciones con facilidad cuando se finge respetar las costumbres con celo. Su arte y destreza en convertir la casa particular en palacio demuestran cuán taimado y doloso era. Un príncipe de la república no había menester palacio por alta consideración y autoridad que tomase; pero un príncipe de la monarquía, un verdadero emperador como Augusto, necesitáballo de toda necesidad. Pero ¿cómo conservar la sencillez republicana en palacio grandioso, ni ejercer la majestad imperial en casa reducida? Taimadísimo Augusto, escogió un expediente que prueba su perfidia natural. Había vivido en el foro de simple ciudadano. Mas emperador ó monarca, debía vivir en el Palatino, sacra montaña de las viejas tradiciones realistas, consagrada por la sombra de todos los reyes, donde abrió Rómulo con la punta de su arado el surco para sembrar las ideas latinas y donde surgió la Roma cuadrata, base y fundamento ciclópeo de la eterna Roma. Como el

monte Sacro y el Aventino resultan á una las montañas de los tribunos, el Palatino resulta la montaña de los reyes. Por consecuencia, el César debía vivir en el Palatino á la manera que Júpiter tronaba en el Capitolio. Nada más fácil que apropiárselo á voluntad. Los viles senadores, dados á legalizar todas sus usurpaciones, bien podían legalizar aquella indebida ocupación. Al cederle toda la tierra, no había para qué regatearle una colina. Augusto, escondiendo bajo apariencias engañosas los hondos cambios consumados en la Ciudad Eterna, compró una casa, la casa de un orador antiguo, la casa de Hortensio. Habitación de familia preclara, no tenía las dimensiones indispensables á la vivienda propia de una familia imperial. Precisaba ensancharla, extenderla, prestar á sus salones el espacio necesario para que dentro de sus paredes cupieran todas las magistraturas, todas las dignidades, todas las prerrogativas, todas las grandezas, todas las glorias acumuladas en su persona, que al fin habían hecho del cielo su dosel, de la tierra su peana, de la humanidad su rebaño. Para el alojamiento de un poder como su poder necesitábase palacio semejante al palacio de Baltasar y Sardanápalo.

¿Cómo hacerlo? Una de las mayores curiosidades que os provocan á largo estudio en aquella tan estudiada Roma, es la excavación emprendida tras el palacio de los Césares. La historia y la naturaleza de consuno con sus voracidades, el tiempo con sus desgastes, la sociedad y los hombres con sus guerras lo han destruído todo en términos y han puesto sobre tal destrucción tantas moles y terrenos tantos, que hallaréis con mayor facilidad los restos de una tribu prehistórica ó la capa plutoniana perteneciente á las bases fundamentales y á los terrenos primitivos del planeta, que las habitaciones de personajes tan cercanos y tan históricos. Pero, excavada la colina donde tuvo Augusto la mansión, luego adscrita y vinculada en su familia y herederos, aparecen laberintos de piedras; muchas salas, ya circulares, ya cuadradas, ya octágonas; varios pavimentos de mosaicos; mármoles de rarísimas canteras; alabastros, pórfidos, ágatas, materias todas semejantes á pedrería; estatuas trazadas por el cincel griego; frescos en los cuales campean, ya calles de Roma, ya escenas del teatro antiguo, ya personajes de la mitología, como Ceres en su carreta, como Io libertada por el divi-

no Hermes, como Galatea perseguida por los cíclopes; excesos de magnificencias correspondientes con el exceso de autoridad y de poder. ¿Cómo, pues, todo esto se ha hecho? De un modo muy sencillo. Sucedió primero un voraz incendio, muy oportuno para la reedificación de aquel hogar modestísimo. Luego se construyeron los templos de Vesta y de Apolo, ambos espaciosos, abiertos á la multitud que los veía deslumbrada, completados por anejos múltiples; y así, en las dependencias del templo, en las edificaciones indispensables á sus respectivos cleros, penetraban las galerías, las despensas, los archivos, las bibliotecas, las salas; en una palabra, las habitaciones de Augusto, sin que nadie lo notase; quedando en apariencia la modesta casa de Octavio, cual aparentemente quedaban también las instituciones republicanas, dentro del Imperio. Un hombre que procedía por tal manera y suerte respecto de objetos tan externos y tangibles, imaginaos cómo procedería respecto de las costumbres. No ya conservar las que habían por tanto extremo enaltecido la forma republicana, mejorarlas: he ahí su capital intento. A este fin había promulgado en la tribuna de los Rostros las leyes Julia y Papia Popea, con ánimo de fomentar el matrimonio al modo antiguo y traer á Roma nuevamente la sacra y vieja virtud republicana. Para modelo de vida no podía ofrecer cosa mejor que su vivienda, y para ejemplos de mujeres castas no podía presentar tipos más propiamente suyos que su Livia y su Julia. Ufano de ambas, especialmente de la hija, más joven y más hermosa, ignoraba que allí, á la misma tribuna donde promulgó él sus códigos morales, iba Julia sigilosamente por las noches á entregar su cuerpo, en compañía de locos mancebos y en guisa de las mercenarias prostitutas, al vino y al placer. El orgullo de la familia imperial se concentraba en la matrona. Las criaturas habidas todas en matrimonio legítimo por ella identificábanse con sus legítimos padres en semejanza y parecido. Alguna vez excedíase Julia de lo prevenido por su padre y monarca en materia de lujo; mas así que le dirigían cualquier advertencia, entraba en orden y regularidad, coadyuvando á los designios del emperador y á la gloria del Imperio. Su distinción le había captado muchos partidarios á la nueva forma de gobierno. La robustez y la hermosura, universalmente reconocidas y admiradas, en honor de la familia

cedía. Muy fundadamente se imaginara César descendiente de Venus; la resobrina, engendrada por el sobrino suyo Augusto, resplandecía con todas las gracias naturales á la divinidad incomparable del amor y del placer. Su frente ancha, su nariz helénica, sus ojos grandes, sus labios desdeñosos le daban cierta dureza indispensable á quienes habían de compartir la imperial autoridad y ocupar un trono tan alto. Cuando aparecía vestida para una festividad, calzada con sandalias rojas, envuelta en las atenienses túnicas, la diadema de oro cincelada primorosamente alrededor de las sienes y en la nuca el cabello negro anudado en un moño cubierto por tres hilos de perlas indias, el rumor de admiración provocado por su presencia se asemejaba mucho al rumor producido en los templos por los rezos y oraciones de un pueblo fiel y devoto.

Pero ¡cuántas y cuáles tentaciones increíbles no rodeaban á la mujer entonces! La esclavitud se imposibilitara, no obstante la inspiración de César y la increíble habilidad de Augusto, si la mujer en Roma no generara siervos. Los engendró sin remedio, los engendró en su corrupción. ¿Qué modo era ese de renovar las costumbres, presentando y ofreciendo tales divorcios en la misma familia imperial? Tenían por tradición los romanos el adornar de ramas verdes los pórticos y puertas de las cámaras nupciales. Pues bien: mucho antes de que tales ramas se hubieran secado, despedían las matronas su marido y tomaban otro. Mujer hubo de ocho maridos en cinco años. Recorred las letras republicanas, y no encontraréis un libro comparable al *Arte de amar*, escrito en sus ocios sensuales por un poeta cortesano. Escribir y publicar semejantes libros á ciencia y paciencia del censor severo é imperial, que promulgaba leyes sobre leyes y disponía prevenciones sobre prevenciones en corrección y mejoramiento de las costumbres, indicaba cómo éstas se corrompieran por irremediable modo en el régimen imperial. Julia leía y releía los pornográficos hexámetros de tan asquerosa literatura, procediendo con arreglo á sus consejos elevados. Y á estas perversiones de las letras acompañaban perversiones análogas de los instintos domésticos más fundamentales y sacros. La esclavitud se recrudeció de tal modo en la Roma cesárea, que no parecía una ciudad ilustre de hombres libres, parecía una vil ergástula de misérrimos siervos. Como la naturaleza humana se resarce

á la continua de todo lo dispuesto y de todo lo hecho en su menzura, el amor igualaba, saltando sobre los abismos insondables, aquellas criaturas desigualadas por la sociedad y por las leyes. Grecia daba esclavos más bellos, más inteligentes, más artistas que todos los ciudadanos del viejo Lacio. Y el Africa y el Danubio daban esclavos más robustos y más fuertes que los conquistadores y déspotas del planeta. ¡Cuán fácilmente aquellos hombres, tratados, ya como inertes objetos, ya como animales domésticos, mientras los amos iban, bien á la corte, bien á la curia, se prevallían de la confianza en ellos puesta, y con salto de tigre subían desde sus abismos al tálamo nupcial de las patricias! Julia llevaba consigo una legión de siervos, electos entre los más hermosos que los conquistadores cazaban por las orillas de lejanos ríos. Especialmente un griego, que recordaba las melodiosas estatuas antiguas, y un fuerte nubio de facciones correctísimas muy compatibles con su tez negra y su atlética fuerza, la seguían por todas partes. Cuando un exceso de vigilancia ó un resto de rubor no le permitían salir á la carrera por las noches en busca de fáciles placeres y advenedizos amantes, desquitábase de su forzoso ayuno con estos animales domésticos, á quienes la vileza de su condición social no les quitaba por modo alguno la condición y la fuerza de hombres. El envilecimiento de los caracteres proviene de la profunda corrupción social, generadora también del envilecimiento en las instituciones. La historia enseña que las formas de gobierno resultan del estado social y no lo causan ciertamente ni originan. Augusto aprendía, bien á su costa y dentro de la propia familia, por qué nacieran su dictadura y su imperio.

Sustituir el Senado con el circo; levantar estatuas, no á los Gracos, á los cocheros; clasificar los partidos por los colores de las vestimentas titerescas y no por las ideas y por los principios del humano espíritu; hacer de las cuadras comicios y de los caballos dioses; todas estas necesarias acciones de un despotismo corruptor, empeñado en satisfacer con el trigo y el juego las hambres del alma romana, secularmente adscrita por una tradición gloriosísima y por un derecho consuetudinario al bien incomparable de la libertad, habían de traer por fuerza una corrupción al mundo entero, de la que nadie podía exentarse y menos la cabeza del mundo, la infame

dinastía cesárea. Ya no había oposición sino en los teatros y en los anfiteatros. Aquel pueblo mudo podía desatar su lengua, tirando lejos de sí la mordaza tradicional, con sólo reunirse alrededor de un tirano en las fiestas del circo. La menor observación pasaba por crimen de lesa majestad y traía consigo aparejada la muerte fuera de allí; pero allí dentro, las imprecaciones y los insultos al César pasaban por populares gracias. La plebe romana, desacostumbrada ya de los comicios por tribus donde había gobernado al mundo y ejercido la sanción soberana, convertía los espectáculos públicos á lo mejor en manifestaciones políticas. Durante un triunvirato de Augusto, cuando éste se llamaba Octavio á secas, deseando el pueblo imponerle pronta paz con el último de los Pompeyos, ilustre marino, al pasar en las procesiones predecesoras de la festividad la imagen de Neptuno, dios protector del héroe apostado á la sazón en Sicilia, el pueblo lo aclamó con tales hurras y vivas, que hubo de comprender el dictador con evidencia incontestable los votos y aspiraciones de la pública opinión. Conforme iba en aumento la obra de rebajar y encadenar á los plebeyos, iban en aumento á su vez los dispendios empleados en divertirlos. Durante un año se consagraron en aquel entonces diez millones de reales, contados por nuestra moneda corriente, á festejos públicos. Augusto y Livia enviaron á Herodes, rey de Judea, once millones de reales para los gastos de una festividad proyectada en honor de los emperadores y del Imperio. Y todo esto tenía un objeto exclusivo: divertir el pensamiento público de la libertad. Un pueblo completamente ocioso había de estar por fuerza siempre de diversiones, y un pueblo siempre de diversiones había de concluir por envilecerse y por pudrirse. La tercera parte del año se pasaba en jolgorios. Juegos augustales, plebeyos, de Ceres, de Apolo, de Cibele, de Flora, de triunfos, de aniversarios, de Venus genítrix, de los hijos de ésta, llenaban por tal modo el año, que llegaron á contarse ¡parece imposible! ciento setenta días feriados. La variedad infinita de juegos no sufre ninguna clasificación y no puede numerarse. Procesiones religiosas encaminadas más á entretener los sentidos que á provocar la devoción, coros con toda suerte de cantores y sinfonías con toda suerte de instrumentos, ejercicios de cuerda y equitación, cuadros vivos, acróbatas diestros en saltar, atletas más diestros todavía en

combatir, animales domesticados y dispuestos á toda suerte de pruebas, flautistas del Asia y de la Grecia, mimos y pantomimos, cazadores, juglares, pajareros, sin excluir á los retóricos ni olvidar á los gladiadores, formaban una población regocijada y gozosa, enteramente para el placer y el delirio en aquella inmensa mancebía que se llamaba la Roma imperial. Antes de amanecer, trompetas y clarines dirigían saludos al sol próximo, y después de media noche la fiesta duraba todavía. En estos tiempos de Augusto y Tiberio, por la velada primera de una festividad floral, cinco mil esclavos con linternas y antorchas acompañaron al pueblo en calles y por plazas. Daba grima ver tantos siervos de la casa imperial como ciudadanos de la misma Roma en aquellos circos repletos de gentes, donde se corrompía el cuerpo y se degradaba el espíritu de un pueblo inmortal.

El Imperio, en su arte de corromper y esclavizar, no perdonaba medio ninguno. Podía llamarse la vida romana en aquel tiempo saturnal inextinguible. A tantas y tantas diversiones uníanse los banquetes públicos, donde se juntaban y se confundían todas las clases. Cuentan y no acaban Suetonio en sus *Biografías* y Estacio en sus *Silvas* de los manjares allí regalados, como quesos, dátiles, pasteles, gallinas y hasta faisanes. A lo mejor echábanse al pueblo billetes de lotería, conteniendo premios con toda clase de objetos, unos artísticos, otros útiles y de valor cuantioso. La gente se arrojaba con tal precipitación y tumulto á recogerlos, que muchos espectadores morían aplastados en el empeño. Guerreros de Tracia, labradores del Epiro, sármatas alimentados con leche de yeguas, negros de la Nubia, colorados y rojos de la Dalmacia, árabes del desierto parecidos por sus majestuosas figuras á sacerdotales castas, sicambros con sus trenzas sirios diestros en tañer y danzar, negros hotentotes y blancos polares, traídos unos y otros por acaso de regiones aún inexploradas y desconocidas como tipos y ejemplos verdaderamente raros, pugnaban todos á una en combates y porfía de indescriptible confusión para coger aquellos viles dones, y después de haberse unos á otros insultado con los dicharachos y juramentos propios de sus respectivas lenguas, concluido el tumulto, aclamaban todos sin excepción en unas mismas palabras el nombre y el poder de su tirano César. Los partidos en tiempo de Coriolano,

en tiempo de Camilo, en tiempo de Tiberio y Cayo Graco, en tiempo de Sila y Mario mismo, designados y conocidos por sus ideas, designábanse y conocíanse ahora por sus colores. Primero hubo los blancos y los rojos; añadiéronse luego los verdes con los azules, y tras los verdes con los azules ¡ay! los purpúreos con los áureos. Juvenal, en lamentaciones donde la conciencia humana estalla de horror al ver cómo el oro, jamás empleado en los tiempos republicanos ni siquiera para las estatuas de los dioses, pende ahora del cuello de las prostitutas en joyas riquísimas, nos describe la pasión de Roma, no por las leyes y por las instituciones puestas á discusión pública en sus Rostros, por los combatientes verdes del circo máximo, cuya victoria sobre los blancos y los azules y los rojos le importa más que todas las victorias sobre los getas y los parthos. Para encarecer hasta dónde llegaba la general corrupción entonces, baste decir que Marcial mismo, un poeta eximio nacido en Aragón, cuna de la gravedad natural, se apasionaba y enardecía por los verdes. Dióse un caso entonces que prueba dónde llegan las demencias consiguientes á toda profunda perversión social. Murió por estos días de César y de Augusto un habilísimo cochero denominado Félix. El número de sus admiradores, número incalculable, le consagró magníficas honras fúnebres. Y cuando su cuerpo ardía en la pira, un aficionado á su especial manera de dirigir cuadriga y carroza experimentó dolor tan fuerte, que no quiso vivir más y se lanzó para desaparecer con él en la hoguera donde se consumía su cuerpo. Cuando á tal extremo llegaba la perversión universal, ¿cómo Augusto podía pretender una excepción singularísima en su Julia, necesitada por su cargo de presidir todas estas fiestas y de contagiarse con todas estas corrupciones? Elevado el circo á base fundamental de la gobernación pública; distinguidos los gladiadores combatientes en las férvidas arenas cual antes pudiera distinguirse á los varones públicos y á los tribunos verdaderos por su virtud ó por su elocuencia; reemplazados aquellos partidos que registraran en sus competencias nombres como los de Catón y los de Bruto, por esos partidos compuestos de atletas y cocheros que sólo se distinguían en el color de sus trajes y en el esfuerzo de sus miembros; excitados y aun sobrecitados los apetitos por aquellas orgías colectivas al aire libre donde se mez-

claban gulas y lascivias sin freno y sin tasa, el vapor de la corrupción debía subir hasta las frentes coronadas por las diademas ce-sáreas, porque toda el alma humana y todo el aire vital eran podredumbre.

En barrio apartadísimo de Roma, lo que nosotros llamamos hoy barrio bajo, estaba entonces la escuela de gladiadores. Por las noches, al resplandor de las antorchas, ensayaban todos ellos los combates usuales y las actitudes que debían guardar hasta en la hora de su muerte. La sensualidad se acrecienta si tiende sus lechos de placer sobre las misteriosas tierras del sepulcro. Como hay una correspondencia entre la electricidad positiva y la electricidad negativa, como hay una correspondencia entre las repulsiones y las atracciones naturales, hay una correspondencia entre la muerte y el amor. Los antiguos casaron al exterminio con la generación, á la guerra que mata con el amor que vivifica. El matrimonio de Venus con Marte no quiere decir otra cosa. Lo cierto es que aquellas damas de Roma, tan experimentadas en los goces y en los placeres, preferían á todos los hombres un joven gladiador, en cuyos brazos transportábanse hasta el enloquecimiento, pensando cómo en la tarde subsiguiente á noche tan llena de vida caería yerto en la muerte. Tal importancia daba la Roma imperial á los ensayos de aquellos juegos cruentísimos, que los celebraba en el templo consagrado á Hércules. Ciertamente que tal templo, cuya fundación atribuyera el vulgo romano á Numa en persona, desdecía mucho del nombre de su fundador rey; pues mientras las demás instituciones dejadas por él guardaban cierto venerable aspecto, ésta se distinguía por su pésimo renombre. Y sin embargo, era de una magnificencia increíble. Pavimento de jaspes multicolores, marmóreas columnas dobles de chapiteles jonios, inmensa rotonda con verdadero atrevimiento, galerías arriba y abajo de aquel círculo donde se contaban alcobas para el placer y nichos para el descanso, piscinas de aguas claras abiertas en oscuros pórfidos egipcios, estatuas de Fidias como su Hércules domando la hidra, relieves preciosos trazados por escultores helenos; he ahí el sitio donde se preparaban las horribles carnicerías que iban á ensangrentar en loor de César y en obsequio de Roma las arenas del circo. Á este mal famoso templo y á sus terribles ensayos asistía en las altas horas de la

noche Julia. Recatada litera la conducía. Su negro esclavo nubio la acompañaba. Un velo tupidísimo la envolvía. Una máscara le ocultaba el rostro. Parecíase así á una Hecate ó una parca infernal. Augusto, que creía componerlo todo con leyes, recabó de la curia patricia una ordenanza prohibiendo en absoluto la presencia de mujeres en aquel infame sitio. Tal prohibición aumentaba sus atractivos y nunca se vieron tantas allí como después de la ordenanza. Una escalera secreta la conducía sigilosamente á palco encubierto por espesas y misteriosísimas celosías, tras las cuales contemplaba los ensayos, holgándose con la satisfacción de ver á su sabor y á mansalva, sin ser ella por nadie absolutamente vista. El comienzo de todos aquellos ejercicios consistía en fresco baño. Julia, en pos siempre de nuevas emociones, donde sacudir un poco el hastío consiguiente al exceso, acudía con frecuencia y empeño al sitio aquel para excitar apetitos acallados muchas veces por los excesos del abuso extremo tan adormecedores y tan opuestos á toda sensibilidad. Así llegaba exhausta, desesperando de volver al deseo y al goce, como si la capacidad íntima de sentir se le hubiese concluído; y á la vista de aquellos cuerpos tan fuertes, á la contemplación de aquellas actitudes tan voluptuosas, la sangre le reardía en las venas heladas, el deseo en los ojos extintos, cierto calor daba indeliberado movimiento á los nervios fatigadísimos, reabriéndose por tal manera y perpetuándose las horrorosas orgías. El gladiador, ya nadaba en la piscina, ya despedía de sus miradas el terror con que los asaltos de las fieras contrastaba, ya se ponía con actitud y gesto en disposición de aguardar á un compañero émulo y enemigo, ya imitaba las esculturas más bellas del mundo griego y se apercibía en representaciones varias y varios ensayos á repetir en carne y hueso con vida verdadera y sangre caliente los Gánimedes y los Efebos tallados en pentélico mármol y considerados por los pueblos en sus idolatrías verdaderos dioses. Byron ha dejado en sus versos indeleble muestra de la emoción que le causaban estas efigies de gladiadores, perpetuadas no sólo por la estatuaria, por las pinturas y por los mosaicos. El Capitolio, donde campea desnuda la casta y robusta Venus, que parece como ejemplar de las hercúleas sabinas robadas por el heroico Rómulo, guarda una estatua del gladiador moribundo, que sobresale y brilla en-

tre los prodigios del arte clásico. Herido mortalmente, acostado sobre su escudo enorme, agonizando en la postrer agonía, crispada por el dolor y puesta sobre la tierra la mano derecha, de donde la espada se ha caído; aquel mirar concentrado en el misterio de la eternidad que se acerca, y aquella frente arrugada por los fruncimientos de las postreras crispaciones; aquella cabeza, que se inclina como al desmayo de las fuerzas y al abandono de toda esperanza; el cuidado solícito de no aparecer ni feo ni cobarde al expirar, los labios entreabiertos, el rubor de morir ante tales gentes y la pena hondísima por su patria, por sus penates, por su esposa é hijos á un tiempo; la suma de todos estos dolores físicos y morales, por tal modo allí quedan expresados, que sentís el terror trágico, cual si oyerais un coro del Edipo de Sófocles lamentando la fatalidad ó un hexámetro del Prometeo de Esquilo maldiciendo al cielo. Pero estos gladiadores, recién salidos unos del baño, escultóricamente plantados otros, voluptuosísimos todos á una, despertaban los deseos, ¿qué digo deseos?, los apetitos de Julia. El arte antiguo nos ha dejado en sus sátiras descripción fiel de los desórdenes engendrados en las damas de Roma por tan lascivos espectáculos. Leed á Juvenal, leed á Séneca, leed á Tácito, leed todos estos gigantes vengadores de la conciencia humana, todos estos representantes de la moral pública, y seguidamente advertiréis el horror de las almas honradas á esta perversión increíble. Si el sensual Batilo representa la pantomima de Leda, los ayuntamientos del cisne divino con tan hermosa mujer, ¡ah! Tuccia se agita como fuera de sí mientras Appula se transporta y suspira, cual en los brazos de su amante, y Timilec se vuelve rígida, cual muerta de gozo y de placer; si Urbico parodia en el exodo ridículo de una brutal atelana los gestos de Antonoe, desea ella conquistarlo; si el histrión más infame representa bien una farsa ó el gladiador más magullado sostiene bien un combate, no importa su parecido con los lobos de puro feos, Ipias, esposa de patricio y senador, le seguirá por tierras y por mares á la continua, sin rendirse ni marearse, mantenida por su deseo y satisfecha con el hartazgo de sus apetitos.

El estudio somero de los tiempos imperiales basta para convencerse del influjo ejercido por las escuelas de gladiadores en la perversión imperial. No podemos negar que durante la república